

repente una voz ruidosa y agradable, y al trasponer la colina, la mirada entrevé, por entre una espesa enramada de tilos y álamos, que dejan paso á los rayos del sol, esa casa baja y esa gruesa rueda negra inundada de pedrería, que se llama un molino de agua.

Entre Chauffontaines y Verviers el valle se me apareció con una dulzura virgiliana. Hacia un tiempo admirable; niños encantadores jugaban por la arena de los jardines; el viento, que agitaba las hojas de los álamos blancos y los chopos, se esparcía por el camino; hermosas terneras, formando grupos de tres ó cuatro, reposaban á la sombra, graciosamente recostadas en las verdes praderas. En otra parte, lejos de las casas, sola en medio de un gran prado cercado de varas entretrejidas, pacía majestuosamente una admirable vaca, digna de ser guardada por Argos. En la montaña sonaba una flauta.

Mercurius septem mulcet arundinibus.

De vez en cuando la chimenea de una fábrica ó una larga pieza de paño puesta á secar al sol cerca del camino venía á interrumpir estas églogas.

El camino de hierro que atraviesa toda la Bélgica desde Amberes á Lieja, y que quiere llegar hasta Verviers, va á agujerear estas colinas y á cortar estos valles.

Ese camino, colosal empresa, horadará doce ó quince veces la montaña. A cada paso se encuentran desmontes, terraplenes, puentes y viaductos bosquejados; en otros puntos, á la raíz de una inmensa pared de roca viva, se vé un pequeño hormiguero negro ocupado en practicar un pequeño agujero. Estas hormigas hacen una obra de gigantes.

A intervalos, en los sitios donde estos agujeros son ya anchos y profundos, salen de improviso un aliento espeso y un ruido ronco. Diríase que la montaña quebrantada grita por esa boca abierta. Es la mina que salta en la galería. En ciertos momentos la diligencia se detiene bruscamente, los obreros que cavan en un desmonte próximo huyen en todas direcciones; estalla un trueno repetido por el eco imponente de la colina, y pedazos de roca salen expelidos de un rincón del paisaje y van á salpicar por todas partes la llanura. Es la mina que salta al aire libre. Durante esta parada, los viajeros se dan cuenta unos á otros de que ayer uno de los bloques que se desprendió mató á un hombre y dividió

un árbol en dos, y anteayer la mujer de un obrero que llevaba el café (no la sopa) á su marido fué muerta de la misma manera.

Esto también descomponen un poco el idilio.

Verviers, ciudad insignificante, está dividida en tres barrios, que se llaman la *Chick-Chack*, la *Basse-Crotte* y la *Dardanelle*. Aquí he visto un chiquillo de seis años que fumaba magistralmente su pipa sentado en el umbral de su casa.

Al verme pasar, el muchacho fumador se echó á reír, y yo deduje que le debí parecer un sér muy ridículo.

Pasado Verviers, la carretera costea aun el Vesdre hasta Limbourg.

Limbourg, esa ciudad condal, á la cual Luis XIV encontraba la corteza tan dura, es hoy una fortaleza desmantelada, pintoresco coronamiento de una colina.

Un momento despues el terreno se nivela, la llanura se hace cada vez más sensible, una gran puerta se abre de par en par; es la Aduana, y una garita embadurnada de negro y blanco aparece: estamos ya en los dominios del rey de Prusia.

CARTA IX.

Aix-la-Chapelle.—La tumba de Carlo-Magno.

Todo lo que es Aix-la-Chapelle.—Carlo-Magno ha nacido y muerto allí.—La Capilla.—Arquitectura de la fachada, á la cual el autor mezcla un paréntesis.—Leyenda del diablo, que es menos estúpido que los hijos del país, y del monje, que tiene más ingenio que el diablo.—El paréntesis se cierra y la capilla se vuelve á abrir.—Aspecto de la iglesia.—Conjunto.—Detalle.—La tumba de Carlo-Magno.—El autor se mofa del sistema decimal.—Todo lo que hay en el armario.—Desvanecimiento y admiración.—Dónde están las tres coronas de Carlo-Magno.—Otros armarios.—Otros tesoros.—El púlpito.—El coro.—El órgano.—El águila de Oton III.—El corazón de M. Antonio Berdolet.—Destino de los sarcófagos.—Los emperadores no guardan nada, ni aun una tumba.—Carlo-Magno toma su sarcófago á Augusto.—Barbaroja toma su silla á Carlo-Magno.—El Hochmunster.—El sillón de mármol.—Cómo estaba Carlo-Magno en el sepulcro.—Proclamación de Barbaroja.—Muerte de Barbaroja.—Rumores que corren acerca de él hace seiscientos años.—El autor rehace la tumba de Carlo-Magno.—Visita del emperador en 1804.—Napoleon delante del sillón de Carlo-Magno.—Visita de los emperadores y de los reyes aliados en 1814.—Asimilaciones.—De quién ha recibido el autor todos estos detalles.—El zapador del 36.º regimiento.—Los gatos monjes.—No os burleis de los nombres populares antes de haber examinado los nombres aristocráticos.—La Casa del Ayuntamiento.—La torre de Granus.—Desvarío crepuscular.

Aix-la-Chapelle 6 de Agosto.

Aix-la-Chapelle es para el enfermo

una fuente mineral, caliente, fria, ferruginosa, sulfurosa; para el aficionado á viajar, un país de regatas y conciertos; para el peregrino, la urna de las grandes reliquias, que se vé cada siete años, y en la cual hay ropas de la Virgen, sangre del Niño Jesús y el mantel en que fué decapitado San Juan Bautista; para el anticuario-cronista, un noble monasterio de monjas, cuya abadesa es inmediata heredera del convento de monjes levantado por San Gregorio, hijo de Nicéforo, emperador de Oriente; para el aficionado á la caza, el antiguo valle de los Jabalies, *Porcetum* que se ha convertido en *Borcette*; para el industrial, un manantial de agua que sirve para quitar manchas y lavar la lana; para el comerciante, una fábrica de paños y casimires, de agujas y alfileres; para el que no es comerciante, ni industrial, ni cazador, ni anticuario, ni peregrino, ni aficionado á viajar, ni enfermo, es la ciudad de Carlo-Magno.

Carlo-Magno, en efecto, nació y murió en Aix-la-Chapelle. Nació en el viejo palacio semi-romano de los reyes francos, del que no se conserva más que la torre de Granus, enclavada hoy en la Casa del Ayuntamiento. Fué enterrado en la iglesia que fundó dos años despues de la muerte de su mujer Fastrada, en 796, que el Papa Leon III bendijo en 804, y para cuya consagración, dice la tradición, dos obispos de Tongres, muertos y sepultados en Maestricht, salieron de sus sepulcros á fin de completar en esta ceremonia los trescientos sesenta y cinco arzobispos y obispos representando los días del año.

Esta histórica y fabulosa iglesia, que dió su nombre á la ciudad, ha sufrido, desde hace mil años, muchas transformaciones.

Apenas llegado á Aix, fuí á visitar la Capilla.

Si se empieza á examinar la iglesia por la fachada, hé aquí cómo se presenta:

Un frontispicio del tiempo de Luis XV, de granito gris azul, con puertas de bronce del siglo octavo, pegado á una muralla carlovingia, que domina un piso de espaciosos arcos de bóveda romanos. Por encima de las archivoltas, un precioso piso gótico ricamente cincelado, donde se reconoce la ojiva severa del siglo catorce; y por coronamiento, una innoble mampostería de ladrillo con techo de pizarra, que tendrá una veintena de años. A la derecha del frontispicio, una gruesa piña de bronce romano está co-

locada sobre un pilar de granito, y al otro lado, en otro pilar, hay una loba de bronce, igualmente antigua y romana, casi vuelta hácia el público, con la boca entreabierta y los dientes cerrados.

Permíteme, amigo mio, que abra aquí un paréntesis. Esa piña tiene su significación, como asimismo esa loba ó lobo, pues no he podido reconocer con claridad el sexo de ese animal de bronce. Véase, referente á este asunto, lo que cuentan aun las viejas hilanderas del país:

Hace mucho tiempo, pero mucho tiempo, que los habitantes de Aix-la-Chapelle quisieron construir una iglesia. Cada cual dió lo que pudo y comenzaron los trabajos. Se echaron los cimientos, se levantaron las paredes, se bosquejó la armadura, y por espacio de seis meses aquello fué un alboroto ensordecedor de sierras, martillos y hachas. Al cabo de seis meses faltó el dinero. Se hizo un llamamiento á los peregrinos y se puso un cepillo de estaño á la puerta de la iglesia; pero esto apenas produjo nada. En tal situación, qué hacer?

El Senado se reunió, buscó, habló, aconsejó y consultó.

Los obreros se negaban á trabajar, y la yerba y el espinó, la yedra y todas las insolentes plantas de las ruinas se enseñoreaban ya de las piedras nuevas del edificio abandonado.

Se debía dejar así la iglesia?

El magnífico Senado de los burgomaestres estaba consternado.

Estando deliberando entró un quidam, un extranjero, un desconocido de alta estatura y buen aspecto.

—Buenos días, ciudadanos. ¿De qué se trata? Estais azorados. ¿El estado de vuestra iglesia os oprime el corazón? No sabeis cómo acabarla? ¿Dicen que os falta dinero?

—Transeunte, dijo el Senado, lléveos el diablo. Necesitamos un millón de oro.

—Hélo aquí, dijo el hidalgo.

Y abriendo una ventana, mostró á los burgomaestres un gran carro parado en la plaza á la puerta de la Casa de la Ciudad. Este carro iba tirado por diez yuntas de bueyes y guardado por veinte negros armados hasta los dientes.

Uno de los burgomaestres bajó con el hidalgo y cogió al azar uno de los sacos de que estaba cargado el carro, hecho lo cual volvieron á subir el extranjero y el burgomaestre. Vacieron el saco ante el Senado, y en efecto, estaba lleno de oro.

El Senado abrió tanto ojo y dijo al extranjero:

—Quién sois, caballero?

—Señores míos, yo soy el que tiene el dinero. Qué quereis más? Habito en el bosque Negro, cerca del lago de Wildsée y no lejos de las ruinas de Heindenstadt, la ciudad de los paganos. Poseo minas de oro y de plata, y de noche remuevo con mis manos montones de carbunclos. Pero, sin embargo, mis gustos son tan simples, que me fastidio con facilidad, se apodera de mi espíritu una extraña melancolía, y paso mis días viendo jugar bajo la transparencia del lago el molinete y el triton de agua y viendo lanzarse entre las rocas al *polygonum amphibium*. Con esto doy por contestadas las preguntas y cuentos de viejas que se puedan suponer. He desatado mi cinturón; aprovechaos, pues, de la ocasión. Aquí está vuestro millón de oro; lo quereis?

—Vive Dios! sí, dijo el Senado. De esta manera acabaremos nuestra iglesia.

—Pues bien, tomadlo; pero con una condición.

—Cuál, caballero?

—Acabad vuestra iglesia, ciudadanos; tomad todo ese dinero; pero prometedme en cambio la primer alma, sea la que fuere, que entrará en vuestra iglesia y pasará el umbral de la puerta el día en que el repique de las campanas anuncie su inauguración.

—Sois el diablo? exclamó el Senado.

—Sois unos imbéciles, contestó Urian.

Los burgomaestres, sobresaltados y aterrorizados, hicieron la señal de la cruz; pero como Urian era un buen diablo y al mismo tiempo que se reía á carcajada tendida hacia sonar su oro nuevecito, se tranquilizaron y entraron en negociaciones.

El diablo tiene mucha chispa; por esta razón es el diablo.

—Después de todo, decía él, yo soy quien pierde en el cambio. Vosotros tendréis vuestro millón y vuestra iglesia. Yo no tendré más que un alma. ¿Y qué alma? La primera que llegue. Un alma de chiripa. La de algún picaron hipócrita que querrá hacerse el devoto y entrar el primero para hacer público su falso celo. Ciudadanos amigos, vuestra iglesia se anuncia con buenos auspicios. El plano me gusta. El edificio creo que será bueno. Veo con placer que vuestro arquitecto prefiere la pechina de Montpellier. Cómo se llama vuestro arquitecto? Vamos, es preciso terminar la iglesia. Compañeros, el millón para vosotros, el alma para mí. Está dicho?

Así hablaba Urian.

Después de todo, pensaron los burgomaestres que se podían dar con un canto en los pechos al contentarse con un alma sola, cuando, bien mirado, podría llevarse todas las de la ciudad.

El negocio se dió por ultimado y el millón entró en caja. Urian desapareció por una trampa, de la que salió una llanita azul, como es de rigor, y dos años después la iglesia estaba construida.

Inútil es decir que todos los senadores juraron no contar el hecho á nadie, é inútil es también decir que todos ellos, aquella misma noche, lo contaron á sus mujeres. Esto es una ley, una ley que los senadores no han hecho; pero que, no obstante, observan. Ahora bien; cuando se terminó la iglesia, como toda la ciudad, gracias á las mujeres de los senadores, sabía el secreto del Senado, nadie quería entrar en ella.

Nuevo inconveniente, no menos grande que el primero. La iglesia estaba construida, pero nadie quería poner el pié en ella; la iglesia estaba acabada, y sin embargo, estaba vacía. ¿De qué sirve una iglesia vacía?

El Senado se reunió, pero no se le ocurrió nada.

Se llamó al obispo de Tongres y le sucedió lo mismo.

Fueron llamados los canónigos del Capítulo y les aconteció otro tanto.

Llamaron á los monjes del convento.

—Por Dios! dijo un monje; es preciso convenir, señores míos, en que os parais en bien poca cosa. Vosotros debeis á Urian la primera alma que entrará por la puerta de la iglesia, pero no habeis estipulado qué clase de alma ha de ser. Urian es un estúpido, yo os lo digo. Señores, después de una batida porfiada, esta mañana se ha cogido vivo un lobo en el valle de Borcette. Haced entrar el lobo en la iglesia; Urian se debe dar por contento con él. Al fin y al cabo es un alma de lobo, y él se dá por satisfecho con un alma cualquiera.

—Bravo! dijo el Senado. Hé aquí un monje de chispa.

Al día siguiente las campanas voltearon al alba.

—Cómo! dijeron los habitantes de la ciudad; es hoy la dedicación de la iglesia. ¿Y quién se atreverá á entrar el primero? No seré yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

Y se dirigieron á ella tumultuosamente.

El Senado y el Capítulo estaban colocados frente por frente de la fachada. De golpe se mostró el lobo encerrado en una jaula, y á una señal dada se abrieron á la vez las puertas de la jaula y las puertas de la iglesia. El lobo, espantado por la multitud, vió la iglesia desierta y se metió en ella. Urian esperaba con la boca abierta y los ojos voluptuosamente cerrados. Juzgad de su rabia cuando vió que se le abalanzaba un lobo. Lanzó un rugido feroz y voló algún tiempo por los altos arcos de la iglesia, produciendo el ruido de una tempestad. Luego, ciego de cólera, salió, y al salir dió en la puerta grande de bronce tan furioso puntapié, que se partió la puerta de arriba abajo. Hoy aun se muestra esta raja.

Por esto añaden las viejas crédulas que á la izquierda de la puerta de la iglesia se ha colocado la estatua del lobo en bronce, y á la derecha una piña que figura su pobre alma, tan estúpidamente machacada por Urian.

Ahora dejo la leyenda y vuelvo á la iglesia. Sin embargo, debo decir que he buscado en la puerta la famosa grieta hecha por el talón del diablo y no la he encontrado. Esto dicho, cierro el paréntesis.

Cuando se empieza á examinar la Capilla por el frontispicio, se ven mezclados y sobrepuestos en la fachada todos los estilos y órdenes de arquitectura, sin afinidad, sin precisión, sin orden, y por consecuencia sin grandeza.

Si se examina la Capilla por la cabeza, el efecto es distinto. El alto ábside del siglo catorce se te aparece en toda su audacia y en toda su belleza con el ángulo sobresaliente de su techo, el rico trabajo de sus balaustradas, la variedad de sus gárgolas, el sombrío color de su piedra y la transparencia vidriosa de sus inmensas lancetas, al pié de las cuales parecen imperceptibles las casas de dos pisos refugiadas entre los apoyos de la pared.

Aun allí, no obstante el aspecto de la iglesia, por imponente que sea, es híbrido y discordante. Entre el ábside y el frontispicio, en una especie de hoyo donde se hunden todas las líneas del edificio, se oculta, ligada apenas á la fachada por un precioso puente esculpido del siglo catorce, la cúpula bizantina de frontis triangular que Oton III hizo construir en el siglo décimo encima de la tumba misma de Carlo-Magno.

Esa fachada ensamblada, esa cúpula escondida, ese ábside partido es lo que

forman la Capilla de Aix. El arquitecto de 1353 quería absorber en su prodigiosa Capilla la iglesia de Carlo-Magno, devastada en 882 por los normandos, y la cúpula de Oton III, incendiada en 1236. Un sistema de capillas bajas, unidas á la base de la gran capilla central, debía, junto al frontispicio, envolver todo el edificio en sus articulaciones. Dos de estas capillas, que aun subsisten, y que son admirables, ya estaban construidas cuando ocurrió el incendio de 1366. Esta poderosa vegetación arquitectural se detuvo allí. Y ¡cosa extraña! los siglos quince y diez y seis no hicieron nada por esta iglesia. En cambio los siglos diez y ocho y diez y nueve la han mimado.

Sin embargo, forzoso es decirlo, considerada en globo y tal como es, la Capilla de Aix tiene conjunto y grandeza. Después de algunos instantes de contemplación, se desprende una majestad singular de este edificio extraordinario, que ha quedado sin concluir, como la obra del mismo Carlo-Magno, y que está formado de arquitecturas que pertenecen á todos los estilos, como su imperio estaba compuesto de naciones que hablaban todas las lenguas.

Bien mirado, para el pensador que lo contempla por fuera hay una armonía extraña y profunda entre ese grande hombre y esa gran tumba.

Yo estaba impaciente por entrar.

Después de haber franqueado la bóveda del pórtico y dejado atrás las antiguas puertas de bronce, adornadas de una cabeza de león en su centro y cortadas á escuadra para adaptarse á los arquitecros, lo que de pronto ha herido mi vista ha sido una rotunda blanca de dos pisos iluminada por arriba, en la cual se despliegan por todos lados los vistosos caprichos de la arquitectura de rocalla y escarola. Luego apercibí al bajar mis ojos hasta el suelo, en medio del pavimento de esta rotunda, á la pálida luz que dejaban verter los vidrios blancos, una gran lápida de mármol negro, gastada por las pisadas de los que entran y salen, con esta inscripción en letras de cobre:

CAROLO MAGNO.

Nada más chocante y descarado que esa capilla estrambótica ostentando sus gracias de cortesana alrededor de ese gran nombre carlovingio. Angeles que parecen amores, palmas que parecen plumeros, guirnalda de flores y lazos de cinta; esto es lo que el gusto Pompadour

ha puesto bajo la cúpula de Oton III y sobre la tumba de Carlo-Magno.

La única cosa que es digna del hombre y del lugar en esta indecente capilla es una inmensa lámpara circular de cuarenta y ocho mecheros y cerca de doce piés de diámetro, dada en el siglo doce por Barbaroja á Carlo-Magno. Esta lámpara, que es de cobre y plata dorada, tiene la forma de una corona imperial; está suspendida de la bóveda, encima de la lápida de mármol negro, por una gruesa cadena de hierro de noventa piés de largo.

La lápida negra tiene cerca de nueve piés de largo por siete de ancho.

No obstante, es evidente que Carlo-Magno tenía en este mismo lugar otro monumento. Nada anuncia que la losa negra, orlada con un filete delgado de cobre cercada de un canto de mármol blanco, sea antigua. En cuanto á las letras CAROLO MAGNO, no tienen más de cien años.

Carlo-Magno no está debajo de esta piedra. En 1166, Federico Barbaroja, al cual se debe esta lámpara-corona, y la que, por magnífica que sea, no le exime del sacrilegio, hizo desenterrar al gran emperador. La iglesia cogió el esqueleto imperial y lo destrozó como santo, para hacer de cada hueso una reliquia. En la sacristía vecina, un vicario enseña á los que van á visitarlo, y yo lo he visto por tres francos setenta y cinco céntimos, que es el precio fijo, el brazo de Carlo-Magno, ese brazo que ha sostenido la bola del mundo, venerable hueso que lleva sobre sus tegumentos disecados esta inscripción escrita, en cambio de algunas monedas de cobre, por un copista del siglo doce: *Brachium sancti Caroli Magni*. Además del brazo ví el cráneo, ese cráneo que ha sido el molde de toda una Europa nueva, y en el cual dá hoy papiro-rotazos un bedel.

Estas cosas están encerradas en un armario.

Un armario de madera pintado de color gris con filetes de oro, adornado de un remate de algunos de esos *ángeles parecidos á amores* de que hablaba ahora mismo, es hoy la tumba de ese Carlos que resplandece hasta nosotros á través de diez siglos, y que no salió de este mundo sino despues de haber envuelto su nombre, por una doble inmortalidad, de esas dos palabras, *sanctus, magnus*, santo y grande, los dos epítetos más augustos con que el cielo y la tierra pueden coronar una cabeza humana.

Una cosa que admira es el grandor material de ese cráneo y de ese brazo; *grandia ossa*. En efecto, Carlo-Magno era uno de esos muy raros grandes hombres que son también hombres grandes. El hijo de Pipino el Breve era coloso por el cuerpo como por la inteligencia. Tenía de altura siete veces lo largo de su pié, el cual se convirtió en medida. Ese pié de rey, ese pié de Carlo-Magno, es el que acabamos de reemplazar con la mayor frescura por el metro, sacrificando así de un solo golpe la historia, la poesía y la lengua á yo no sé qué invención, sin la cual se había pasado el género humano seis mil años, y que se llama el *sistema decimal*.

El acto de abrir este armario causa una especie de desvanecimiento; tan resplandeciente está de alhajas. Las hojas están cubiertas por el interior de pinturas sobre fondo de oro, entre las cuales he notado ocho admirables tableros que evidentemente son de Alberto Durer. Además del cráneo y del brazo, el armario contiene: la bocina de Carlo-Magno, enorme diente de elefante, calada y esculpida curiosamente hasta el extremo grueso; la cruz de Carlo-Magno, joya donde está engastado un pedazo de la verdadera cruz y que el emperador llevaba al cuello en su tumba; un precioso viril del Renacimiento dado por Carlos V, y estropeado en el siglo último por haberlo recargado de adornos sin gusto; las catorce hojas de oro cubiertas de esculturas bizantinas que embellecían el sillón de mármol del gran emperador; un viril regalado por Felipe II, que reproduce el perfil de la catedral de Milán; la cuerda con que fué ligado Jesucristo durante la flagelación; un pedazo de la esponja empapada de hiel con que se le humedeció los labios en la cruz, y en fin, el cíngulo de la Santísima Virgen hecho de punto y el ceñidor de Jesucristo hecho de piel. Esta tirilla de cuero, torcida y trenzada como un látigo de colegial, ha sido poseída por tres emperadores: Constantino, el cual la llevó encima de su *sigillum*, que existe aun y que yo he visto; luego cayó en poder de Aarum-al-Raschid, y éste se la dió á Carlo-Magno.

Todos estos objetos venerables están encerrados en centelleantes relicarios góticos y bizantinos, que forman otras tantas capillas, chapiteles y catedrales microscópicas de oro macizo, en las cuales los zafiros, las esmeraldas y los diamantes ocupan el lugar de vidrios.

En medio de estas innumerables joyas, amontonadas en las dos divisiones del armario, se elevan, como dos montañas de oro y de pedrerías, dos grandes urnas de un valor inmenso y de una belleza milagrosa. La primera, la más antigua, que es bizantina, rodeada de nichos, donde están sentados, con la corona en la cabeza, diez y seis emperadores, contiene el resto de los huesos de Carlo-Magno y no se abre jamás. La segunda, que es del siglo duodécimo, y que Federico Barbaroja dió á la iglesia, encierra las famosas grandes reliquias de las que ya te he hablado al principio de esta carta, y no se abre más que de siete en siete años. El acto de abrir una sola vez esta urna, que tuvo lugar en 1490, atrajo ciento cuarenta y dos mil peregrinos, y produjo en quince días ochenta mil florines de oro.

Esta urna solo tiene una llave. Esta llave está quebrada en dos pedazos, que guarda el uno el Capítulo y el otro el magistrado de la ciudad. En casos extraordinarios se abre alguna que otra vez, pero es únicamente para las testas coronadas. El rey actual de Prusia, siendo todavía príncipe real, pidió que la abriesen y le fué negada la pretensión.

En un armario pequeño, colocado al lado del grande, ví la copia exacta en plata sobredorada de la corona germánica de Carlo-Magno. La corona germánica carlovingia, con una cruz sobrepuesta, cargada de pedrerías y camafeos, está formada solamente de un círculo adornado con florones que rodea la cabeza y de un semicírculo soldado de la frente á la nuca, con una ligera inflexión que imita el perfil del asta ducal de Venecia. Hoy, de las tres coronas que ha llevado Carlo-Magno hace diez siglos como emperador de Alemania, como rey de Francia y como rey de los lombardos, la primera, la corona imperial, está en Venecia; la segunda, la corona de Francia, está en Reims, y la tercera, la corona de hierro, está en Milán (1).

Al salir de la sacristía, el bedel me confió al suizo, que echó á andar delante de mí recorriendo la iglesia y abriendo de vez en cuando imponentes armarios, detrás de los cuales brillaban de pronto magnificencias.

El púlpito, que tiene todo el aspecto de un púlpito de pueblo, se desembaraza de su horrible crisálida de madera rojiza

y se te aparece súbitamente como una espléndida torre de plata sobredorada. Es un púlpito prodigio de la cinceladura y de la platería del siglo undécimo, dado por Enrique II á la Capilla. Marfiles bizantinos perfectamente ahuecados, una copa de cristal de roca con su platillo, un onix monstruoso de nueve pulgadas de largo, están incrustados en esa coraza de oro que rodea al sacerdote que habla en nombre de Dios, y en la que la lámina anterior representa á Carlo-Magno llevando la Capilla de Aix en su brazo.

Este púlpito está colocado en el ángulo del coro, que ocupa el maravilloso ábside de 1353. Todos los vidrios de color han desaparecido. Las lancetas son blancas de arriba á bajo. La rica tumba de Oton III, fundador de la iglesia, destruida en 1794, ha sido reemplazada por una piedra lisa que marca el sitio que ocupó á la entrada del coro. Un órgano dado por la emperatriz Josefina, colocado junto á la admirable bóveda del siglo catorce, denuncia el mal estilo de 1804. Bóveda, pilares, chapiteles, columnitas, estatuas, todo el coro está revocado.

En medio de este ábside deshonrado se extremece despavorida, con el pico abierto, el ojo irritado y las alas medio desplegadas, el águila de bronce de Oton III, transformada en facistol é indignada de llevar el misal del canto llano, ella que tuvo el globo del mundo á sus piés.

Por este motivo se debió haber respetado esa águila. Cuando Napoleon visitó la Capilla, se añadió al mundo que llevaba entre sus garras el águila de Oton el rayo, que aun he visto hoy fijado á los dos lados del globo imperial.

El suizo destornilla esta centella á petición de los curiosos.

Sobre la espalda de esta águila, el escultor del siglo diez, como por un triste é irónico presentimiento, había desplegado un murciélago de bronce con faz humana, que está allí como clavado, y sobre el cual descansa ahora el misal del facistol.

A la derecha del altar está sellado el corazón de M. Antonio Berdolet, primero y último obispo de Aix-la-Chapelle. Esta iglesia no ha tenido nunca más que un solo obispo, el que Bonaparte nombró, y que su epitafio califica de *primus Aquisgranensis episcopus*. Actualmente, como en otro tiempo, la Capilla está administrada por un Capítulo, que preside un decano con el título de pavorde.

(1) En Monza, cerca de Milán.